



CAPÍTULO XLVIII.

EL REINO ESPIRITUAL.

ARTÍCULO I.

Grados de seres.—Importancia del reino espiritual.—
La existencia de los ángeles consta por la revelación.
—Voces de las tradiciones paganas: los genios buenos y malos de la antigüedad.

San Agustín, exponiendo los grados y diferencias de las criaturas, dice: «En las cosas que son como quiera, y no son lo que Dios, por quien fueron criadas, se anteponen las vivientes á las no vivientes, como también las que tienen facultad de engendrar ó apeteer, á las que carecen de ese movimiento; y en las que viven, se anteponen las que sienten á las que no sienten, como á los árboles los animales: y en las que sienten, se anteponen las que entienden á las que no entienden, como los hombres á las bestias; y en las que entienden, se anteponen las inmortales á las mortales, como los ángeles á los hombres; pero se anteponen así por el orden de naturaleza». Concuera con el Doctor africano el Ángel de las Escuelas, cuyas palabras comentando el cardenal Toledo, dice así: «Si los grados de los seres consideramos, no hallamos más de cuatro, ni pueden ser más en número. El primero, de los que tienen ser y nada más, como los accidentes y substancias inanimadas; el segundo, de los que sobre ser tienen

vida, como las plantas; el tercero, de los que á la vida juntan el sentido, como los animales; el cuarto, de los que entienden, ora tengan vida y sentido como los hombres, ora sólo inteligencia como los ángeles. Que si atendemos á los modos particulares que caben en estos grados, no tienen cuenta, porque Dios puede producir criaturas sin término, y el crecimiento de número y perfección carece de límites. Á estas palabras del eminentísimo añade las suyas el P. Gregorio de Valencia, diciendo: «Si fuera de estos cuatro grados existiera otro quinto, y es sin duda que Dios podía crearle, sería el mundo más perfecto. Ese grado no existe: y así, en lo que Cayetano pensó, que hay en el mundo universo todos los grados posibles de cosas, pues hay estos cuatro, ó se engañó, ó no tuvo título en qué apoyarse para afirmarlo».

Estos testimonios claramente persuaden que á la perfección relativa del universo convenia el grado de vida intelectual ó el reino espiritual; es á saber, un orden de criaturas dotadas de entendimiento y voluntad, dispuestas para tributar á Dios aquel homenaje de reconocimiento y dependencia que quiso su divina majestad que le ofreciese en el cielo y en la tierra. Fuera del hombre que goza vida racional

¹ In I p., q. 1., a. 1.

² T., disp. iv, q. 1, p. 2.

y tiene su alma dotada de espiritualidad é inmortalidad, era decente que existieran espíritus puros, poseídos de naturaleza toda inmaterial, subsistentes por sí mismos y enteramente espirituales. Porque á la manera que el universo mundo está enriquecido de substancias corpóreas sin rastro de vida, que son como la escoria de las criaturas; era bien que campeasen y fuesen ornamento y lustre de la creación substancias purísimas ajenas de materia y de facultad material. Tales son los ángeles. Cuanto al grado intelectual que ocupan, son de más fina condición que las almas humanas, como lo declara el común sentir de los teólogos. Si el alma humana excede á las naturalezas del reino sensitivo con tantas ventajas cuantas lleva éste al mundo intelectual elemental, y aun se eleva y sube sobre entrambos con crecidísimos excesos de hermosura y perfección, de arte, que más excelencias encierra un alma sola que todo el resto del mundo corpóreo; ¿cuánta no será la grandeza y perfección de los espíritus angélicos cuando se adelantan y subliman tanto sobre la excelencia de las almas, que, ocupando ellas el infimo grado en las substancias capaces de razón, ellos están en el sumo y eminente, tal que no puede nuestro entendimiento hacer adecuado concepto? En el orden de espirituales poseen ciertamente el mismo predicamento que las almas; pero como haya en cada orden lugar á mayor y más alta perfección, debemos decir que en linaje de espiritualidad están embellecidos con más adelantados dones los ángeles que los hombres, que por esta razón componen un reino de por sí, el reino de los espíritus, con su índole propia, oficio propio, virtudes y poderes propios y dignos de toda consideración.

La existencia de los ángeles no puede sólidamente evidenciarse por el sólo discurso natural; debe sacarse de la

autoridad de las santas Escrituras; Concilios, santos Padres, y tenerse como emanada de la antigua revelación. Todas las razones que han propuesto los filósofos para convencer la existencia de los espíritus puros, sólo engendran algún crédito, no persuasión demostrativa; ningún argumento hay que no tenga su réplica, ningún hecho que no pueda explicarse, ó por la acción de Dios, ó por almas humanas separadas, ó por ilusión y engaño; la luz de la revelación es la única fuente de donde se derivan los rayos de las noticias que de los ángeles tenemos: y porque la revelación hecha á los primeros hombres del mundo, por vicio de la condición humana en muchas familias se partió en mil pedazos, se corrompió y degeneró, y así degenerada se propagó por todo el ámbito de la tierra; no hay duda sino que en las tinieblas del gentilismo deben hallarse muchas vislumbres del reino espiritual.

Sabida cosa es que el monoteísmo ó culto del verdadero Dios fué la primera forma de religión que usaron los más antiguos pueblos de la tierra; cuanto más nos emboscamos en la noche de la antigüedad, con más vivos destellos resplandece el culto del único soberano Dios. Fué por grados, poco á poco, pervirtiéndose de tal manera después del diluvio, que en el intervalo de los mil años siguientes, de que Moisés no hace la más leve mención, nació, cundió y dominó por el mundo la adoración de las deidades paganas. Si algún orden es dado señalar al progreso del politeísmo, el primer paso idolátrico debió de ser el endiosamiento de los ángeles. No consta con argumentos irrefragables; pero bien podemos asentar por muy probable verdad, que por este despeñadero vinieron á caer los hombres en el abismo de la idolatría.

¹ P. ARRIBA: *De Angelis*, disp. 1, sect. 1.

² DAUSOU: *Étúd. hist.*, t. vi, l.^o leçon.—DARRAS: *Hist. de l'Église*, iv époque.

En los *Estudios filológicos* ratifica su autor español la declaración siguiente: «Hemos dicho que no hubo nunca idolatría en el mundo, salvo algún caso raro de aberración mental.» Enorme falsedad, que en el título del libro ¹ halla su cabal refutación, y que señala ya el espíritu racionalista que ha de circular, como en efecto circulara, por todas sus páginas. Con todo, á pesar de las contradicciones, errores y demasías de la obra, es toda ella poderosa demostración del reino espiritual de que tratamos. Del cual ya en el libro de Job hallamos la tradición recibida en el Asia. «¿Dónde estabas tú cuando echaba yo los cimientos de la tierra, y cuando los astros de la mañana me cantaban la gala, y todos los hijos de Dios se regocijaban y celebraban mis obras?» ²

Prendas seguras de los espíritus angélicos nos ofrece aquella creencia del paganismo, que admitía una suerte de seres privados de sexo, moradores del cielo, subordinados á otro principal y ocupados en asistir á los hombres. En Grecia eran llamados *demonios*: tal como lo apellida la Vulgata en el Salmo: «Todos los dioses de los gentiles demonios son» ³. Hesíodo, el más antiguo intérprete de la tradición helénica, cantaba ⁴: «Por mandamientos de Júpiter, tres mil inmortales cubiertos de nubes recorren la tierra, velando sobre sus obras y discerniendo al justo del injusto.» Las leyes de Zaleuco y de Carondas dan noticia de los ángeles malos, como puede verse en Creuzer ⁵. En los libros filosóficos, mayormente de la escuela platónica, son solemnizados con más claridad los ángeles ó genios. Éstos, según Platón, acompa-

ñan al hombre desde que nace hasta que muere, llevan su alma al mundo inferior ⁶, presentan sus plegarias á los dioses y los dones de los dioses á los hombres. Es sabido con qué sencillez habla Sócrates y celebra el trato que tenía con su genio protector. Sin embargo, el gran Tertuliano ardía en enojo contra todos los genios, declarándolos por malos y engañosos. Del ángel custodio de Sócrates hacía pública mofa, diciendo: «Dicen que de niño tuvo un ángel por compañero; ciertamente que le desviaba del buen camino (*Dæmonium dehortatorium a bono*)» ⁷. En lo mismo estuvo Lactancio; hablando en común, decía: «Siendo ellos perversidores de los hombres, se les fingen guardadores, con el fin de que á ellos los honren y se le quite la honra á Dios» ⁸.

De otros varones eminentes se refiere que tenían espíritus familiares por compañeros invisibles: Plotino, Hermes, Pitágoras, Postel, Cardano, Escalfe-ro, Tasso, entran en esta cuenta; los cuales si no fingieron para dar mayor crédito á su doctrina, se ayudarían de su temperamento melancólico para imaginar que sentían y veían lo que en hecho de verdad ni vieron ni sintieron. Porque suponer que fuese malo el espíritu familiar que con ellos conversaba, no es en todos creíble; y pensar que fuese bueno, es conceder á literatos privilegios milagrosos que pocos Santos alcanzaron, y que no parecen de necesidad ni de conveniencia. Dejemos á la mano del discreto lector la calificación de semejantes apariciones. Aquí sólo pretendemos que de la creencia profesada por los griegos se arguya de alguna manera la existencia de los ángeles. Y que los etruscos y romanos sintiesen como los griegos acerca de

¹ Fedon., 107.

² Apologet., cap. xxii.

³ Div. instit., l. i, cap. xiv.

los genios, son testigos Virgilio y Horacio ⁹; con esta diferencia, que los romanos admitían la acción de los genios malos y buenos indistintamente, pero los griegos no daban tanto lugar á los malos ¹⁰.

Los germanos representaban también por los *elfos* los ángeles. Léese en el *Edda* ¹¹: «Los elfos de luz moran en el reino celeste; los elfos de tinieblas habitan en la tierra, y no semejan á los primeros en la forma ni en los actos: los elfos de luz son más brillantes que el sol; los elfos de tinieblas son más negros que la pez.» Los *valquirios* eran para los germanos como los ángeles *ministrantes* de la Teología católica; así como los elfos eran los *asistentes*, es decir, mensajeros de Odin y protectores de los hombres ¹².

Más claramente se ostenta el ministerio de los ángeles en la mitología oriental. Los persas no conocían ni adoraban sino espíritus celestes: Hormuzd era el príncipe de los genios bienhechores; Arimán el caudillo de los malos: tanto, que según Burnouf, llamaban buen genio á Hormuzd, y genio malo á Arimán ¹³. Hormuzd y Arimán eran los adalides de dos campos contrarios, criaturas ambos semejantes á la divinidad: Hormuzd, á las órdenes del Eterno, produce la luz; Arimán las tinieblas: ambos son para los persas lo que san Miguel y Luzbel para los cristianos. Reparten los persas los genios en tres clases. La clase más noble se compone de siete espíritus, deputados para regir los siete planetas, siendo Hormuzd el protector del sol. La segunda clase comprende los espíritus que gobiernan el cielo estrellado.

⁹ *Enéida*, l. v, 95.

¹⁰ Ep. ii.

¹¹ LUKEN: *Les traditions de l'humanité*, l. iii, chap. iv.

¹² *Dámes*, 15.

¹³ GRIMM: *Mythologie*.

¹⁴ *Comment. sur la légende*, p. 90.

La tercera es de los que miran por los demás seres, especialmente mortales y humanos.

Diferéncianse de los persas los indios en que admiten el reino de los espíritus subordinados á Brama, Siva, y Vischnu, Trimurti ó Tríada divina. Diferéncianse en buenos y malos: á los buenos les dan un jefe que los mande, como los persas, y colocan á los superiores y más excelentes en los cielos de los planetas, y una multitud de genios buenos de todas categorías en un cielo particular al imperio de los dioses para emplearse en servicio de los hombres. Los malos genios hacen guerra continua á los buenos, teniendo al frente por capitán á Mahisaura, el cual se conjuró al principio contra Brama, y en castigo de su crimen arrastró en pos de sí á muchos otros y fué con ellos arrojado en los abismos ¹⁴.

Entre los caldeos reinó con más esplendor que entre los indios el culto de los espíritus. La adoración de los astros, que fué tan proverbial en Caldea, «provino, dice Luken, de la influencia que, según los caldeos, tenían sobre la humanidad los genios que en las estrellas residían y mandaban». Mas donde clarísimamente se descubre qué sentían los caldeos y asirios acerca de los espíritus, es en la tablilla cuneiforme, hallada por Jorge Smith en las ruinas de Ninive en 1874, y es una de las más ricas joyas del Museo Británico. Con tanta claridad han leído en ella los asiriólogos los combates de los ángeles, que le dieron por nombre *Tabla de los siete espíritus malos* ¹⁵. En ella consta, según el comentario del docto Fischer ¹⁶, que los espíritus no siempre fueron malos, que el negar á Dios obediencia los maleó, que maleados tornáronse *espíritus de muerte*,

¹⁴ MAYER: *Mythol. lex.*, i, 231.

¹⁵ *Les traditions de l'humanité*, l. iii, chap. iv.

¹⁶ SMITH: *Assyrian Discoveries*, 1875, p. 398.

¹⁷ *Heidenbun und Offenbarung*, 1878.

¹ *Los nombres de los dioses*, por Estanislao Sánchez Calvo, 1884, p. 293.

² Cap. xxxviii, 4-7.

³ Ps. xlv.

⁴ *Obras y días*, 250.

⁵ III, 24 y 25.

que plantaron en el mundo la raíz del mal, que no faltó después quien les fuese á la mano y les hiciese resistencia.

También los egipcios fueron inclinados á venerar las ocho potencias, ó genios superiores, en los cuerpos de los planetas. Knep, ó sea Agatodemon, ó buen genio, era el espíritu principal que á todos los capitaneaba; representábanle por la serpiente, y tenía bajo su mando, demás de los ocho superiores, otros doce inferiores llamados semidioses. Como dice Luken y lo saca de Heródoto¹, Diodoro², Plutarco³, «los egipcios atribuían á los ocho genios superiores y á los doce inferiores un reinado contemporáneo y aun anterior al origen del mundo: después de su reinado contaban el de Osiris é Isis, primeros hombres divinizados, y luego el de los hombres, á quienes el pueblo hacía hombres divinos. Tifón es en Egipto el jefe de los malos espíritus, que se conjuró contra los dioses desde el principio y llenó de su fama toda la historia.

Los fenicios llamaron *Cabiros* los genios tutelares de la navegación: dábanles en su culto lugar de preferencia, y los colocaban en los cuerpos de los planetas. Y como los fenicios, también los asirios, pelagios, griegos, etruscos, romanos, sabinos, abrazaron la creencia de dioses subalternos, teniendo á unos en gran veneración y mirando á otros con temor y servil espanto.

Si pasamos á los confines de Oriente y entramos en la China, hallaremos la misma creencia, acrecentada con la veneración de los antepasados. Léese en una obra de los discípulos de Confucio: «¡Oh innumerables coros de espíritus! Vosotros cercáis de continuo

el trono eterno de Chang-ti; sois tan benignos, que derramáis sobre la tierra la poderosa influencia con que nos favorecéis⁴.» Además admiten los chinos la turba de malos espíritus y su influjo pernicioso, juntamente con su caudillo Chi-yu, gigante facineroso é impío, causa primera de todos los motines y maldades. En los libros de Confucio léese también el combate, derrota y castigo de los malos ángeles en el principio del mundo.

Si, finalmente, damos vuelta por los pueblos de América, oiremos en Méjico, en el Perú, entre los salvajes del Norte y en los de la Australia, parecidas tradiciones, análogo culto, la misma superstición y la constante creencia de los espíritus buenos y malos, medianeros entre Dios y los hombres, ministros del Supremo Gobernador del universo y ejecutores de su soberana voluntad. De todo esto se saca que los pueblos más aferrados á sus costumbres han conservado memoria de los espíritus, y parece no saben escribir teogonía sin hacerles honroso lugar. Léanse las obras de Porfirio, de Jamblico, de Clemente Alejandrino, y se verá la confirmación esplendorosa de esta verdad.

Sirva por todos el testimonio de Eusebio⁴. Fundado en la doctrina de Porfirio, distingue cuatro órdenes de seres que recibían homenaje de los paganos, y luego prosigue diciendo: «Hecha esta enumeración, enseñan que ha de darse culto, primero á los dioses celestes, después á los genios buenos, y por fin á los héroes, y que es bien aplacar y tener contentos á los malos y perversos espíritus. Mas en distinguir estas cuatro clases todo lo confunden y trastornan, y sólo vene-

¹ *Mém. concern. les chinois*, t. p. 468.

² LUXEN: *Les traditions de l'humanité*, l. III, chap. IV.

³ GRÆV. Vosso: *Orig. et propag. de l'idol.*, p. 1, chap. VII et VIII.

⁴ *Præpar. evang.*, l. IV, v.

ran las malas mañas de los genios. En los capítulos siguientes va Eusebio demostrando cómo los gentiles daban culto á los ángeles buenos y á los malos, pretendiendo á los buenos hacerles servicio, á los malos aplacar su enojo; y todo el nervio de su argumentación pone en demostrar cómo todos no podían ser buenos, sino ruines y demonios los espíritus que se pagaban de tan viles demostraciones.

Estas noticias claramente demuestran cuán común y recibida era en Egipto, Caldea, Fenicia, China, Grecia y América la creencia de seres medianeros entre Dios y los hombres. Temblaban los mortales de espanto al nombre de Dios, y, faltos de virtud para sufrir con rostro sereno el peso de su tremenda majestad, á fuerza de temer traspasaron sus obsequios en lo más excelente de las criaturas, en los ángeles, á quien tenían por dioses secundarios y por ministros del Sumo Criador. Cada reino, cada provincia, cada ciudad servía á su genio tutelar: fingían que moraban en la región del aire, ó en el cielo de los planetas, ó en el firmamento de las estrellas, y aun en lo más alto de la región celeste, constituyendo órdenes diversos según que se allegaban más próximamente á la divinidad. Estos dioses subalternos descendían á la tierra de vez en cuando, y tomando cuerpo aéreo entraban en comunicación con la región subluar. Los platónicos daban su genio á cada hombre; á veces tenían por genios las almas humanas que con su cuerpo etéreo uníanse al humano feto. De aquí provino la metempsicosis y el asqueroso panteísmo que echó raíces en las partes de la India, como decíamos en el capítulo pasado. Y porque pensaban que no era decoroso á la soberanía de Dios abatirse á conversar familiarmente con los hombres, venían á enseñar que, no pudiendo acabar con los genios perversos, se había visto

forzado á dar á los habitadores terrestres genios buenos que los defendiesen de las asechanzas de los malos, y de ahí les nacía el creerse obligados á invocarlos y á darles culto y adoración. Porque los genios celestes tenían á su cargo hacer correr el sol, empujar el curso de las estrellas, desatar las nubes y resolverlas en lluvias, causar terremotos, encender volcanes, mover los cuerpos y obrar acacimientos asombrosos y extraordinarios; y ya que no todos los pueblos calificasen de igual manera la condición y vida de estos sus dioses, haciéndoles, quién inmortal, quién mortal, situándolos ahora en los montes, ahora en los senos de la tierra, pero todos los pueblos desvariaran de consuno, tributando á estos nobilísimos espíritus el vasallaje que se debe á su Hacedor, y despenándose por ahí en un abismo de maldades.

¿Qué otra cosa prueba sino la existencia de los espíritus el crédito de los malos genios tan universalmente esparcidos por toda la gentilidad? Persas, indios, chinos, egipcios, celtas sármatas, griegos, romanos, todas las naciones hicieron diferencia de ídolos á malos genios: en los ídolos adoraban á los buenos espíritus, y si reverenciaban á los malos, era de puro pavor y con ánimo de apartar de sí los azotes de su crueldad: argumento claro de que profesaban la existencia de los ángeles, era el distinguirlos del sumo Dios, á quien acataban como á único de todos los seres, y el considerarlos llamados á ocuparse en provecho de los hombres bajo las ordenanzas del Supremo Dominador. Todo esto puede verse declarado por Tertuliano¹, san Ireneo², Lactancio³, Arnobio⁴, san Agustín⁵, Máximo de Ti-

¹ *Apol.*, xvii.

² L. II, *Adv. hæres.*, cap. II.

³ *Inst. div.*, l. I, c. III.

⁴ *Contra Gent.*, l. I, c. 34.

⁵ *Tract. in Jo.*, cvi.

¹ *La Cité de Dieu*, ser. x, vol. vii, p. 23.

² II, 145.

³ I, 13.

⁴ *De Isid et Osiride*, cap. XII.

ro¹, y otros muchos apologistas antiguos. « Todos los dioses secundarios del politeísmo eran ángeles buenos ó ángeles malos, convertidos en deidades; y esto más era crimen que yerro. Aquí la palabra de San Pablo, los paganos conocieron á Dios, mas no le dieron la gloria y alabanza que le compete, tiene cabal cumplimiento ».²

La revelación, empero, es la que determina y establece con la debida claridad la existencia del reino espiritual. Porque las sagradas Letras, en el Viejo y Nuevo Testamento³, refieren apariciones de ángeles, y de ellos dicen que son superiores al hombre, custodios y ayos del hombre, felices en el cielo, poderosos en fortaleza, vengadores de los fueros de Dios, adoradores del Hijo de Dios, súbditos del Verbo del Padre: las cuales prerrogativas, más altas que las humanas, demuestran que los ángeles poseen naturaleza racional, que son personas espirituales, y que forman un bienaventurado reino con gran correspondencia y orden, entregados al poder y soberanía de Dios.

Fuera de esto, las mismas Escrituras declaran que hay ángeles malos ó demonios, enemigos de Dios y del hombre, como se ve en Job⁴, en los Reyes⁵, en la Sabiduría⁶, por no alegar citas del Nuevo Testamento que rebosan esta verdad copiosísimamente.

Por lo cual los Santos Padres ambrosianos de espíritus enseñaron, teniendo ésta por doctrina propia de la

Iglesia⁷, como podrá ver quien quisiere en sus debidos lugares. En particular de los buenos, atinadamente entendieron los Padres lo que no habían alcanzado los filósofos, y lo que repugnaban los herejes; conviene á saber, que los ángeles no habían sido criadores ni demiurgos del mundo, sino meramente criados y sujetos á un soberano designio, lo propio que los hombres. Por esta razón san Justino⁸ nos los propone como encargados de cuidar de las cosas criadas; Hermas⁹, como presidiendo á los animales; san Dionisio Areopagita¹⁰, como ayos de los hombres; san Clemente Romano¹¹, como llevando á cabo una extraordinaria empresa; Clemente Alejandrino¹², como amparadores de las ciudades; san Bernabé¹³, como guías y custodios de cada hombre, y, por decirlo en una palabra, así han hablado de los ángeles los santos Padres como de una parte principal de la creación, que completa y perfecciona este mundo sensible con admirable proporción y providencia.

ARTÍCULO II.

Quando fueron criados los ángeles lo calla Moisés, y por qué.—Contienda entre los Padres griegos y latinos.—El Concilio de Letrán no definió, pero hizo más probable, la creación simultánea.—El sistema moderno ayuda á esclarecer esta disputa.

HUESTA ya en clara luz la existencia del reino espiritual, sigue-se la ruidosa contienda cuánta fueron criadas las substancias angélicas. Porque Moisés en el descri-

bir el orden de las criaturas reprime la voz y parece que pasa por alto la creación de las más principales y sublimes. La razón que da san Jerónimo de este silencio es, que el intento del sagrado escritor era referir el origen del mundo visible¹, porque viendo cuán rudos eran los judíos para penetrar enseñanzas sutiles y delicadas, contentóse con proponerles las cosas más sensibles y aquellas principalmente que en servicio del hombre fueron hechas: en esto contestan san Gregorio² y san Cirilo³. Otra razón alegan san Atanasio⁴, san Crisóstomo y Teodoro⁵, y es que, como los judíos andaban perdidos por el goce de las cosas materiales, convenia que Moisés los subiese al conocimiento del Criador á fin de que no se abatiesen á los excesos de la idolatría⁶. Flaca le pareció al Tostado y poco probable esta razón del Crisóstomo: porque los judíos, que antes de recibir de Moisés el libro del Génesis habían tenido noticia de los ángeles aparecidos á Abraham, á Lot, á Agar, á Jacob, como la tradición de los mayores los había informado, no corrían peligro de ser perjudicados con la historia de su creación, antes ese mismo relato les hubiera servido para tener más á raya la inclinación á idolatrar.

Otra manera de responder se le ofreció al ingenio de san Agustín: juzgó que Moisés, lejos de dejar en silencio la creación del reino espiritual, la insinuó y quiso comprenderla en la creación del cielo y de la luz figurada y genéricamente⁷. Esta razón agradó al venerable Beda y la puso de relieve en su *Hexámeron*. Finalmente, los

santos Basilio, Ambrosio y Juan Damasceno dijeron que Moisés no había hablado palabra de tan excelentes substancias, por cuanto, habiendo sido criadas mucho antes que el mundo material, no tenía por qué extender su noticia y fama.

Muy acertada parece entre todas la respuesta de santo Tomás, que dice así: « Según san Agustín, los ángeles no fueron olvidados en la primera creación de las cosas, sino que fueron significados por el nombre de *cielo* y de *luz*. Pero digamos que, ó fueron dejados en silencio, ó fueron nombrados en figura de cosas corporales; porque Moisés á gente ruda hablaba que no podía alcanzar la naturaleza incorporea. Y si les hubiera enseñado que había en el mundo cosas sobre la naturaleza material, habrían tomado pie de ahí para idolatrar, pues á ello eran propensos, y de eso Moisés quería principalmente apartarlos. » Conforme á estas palabras, podemos resolver que no intentó Moisés dar á entender á lo judíos ser los ángeles increados ó eternos; ni tampoco quiso debajo del nombre de *cielo* declararles derechamente su existencia, como en otra parte dijimos, sino que, deseoso de tratar verdad y de iluminar sus entendimientos, implícitamente ingirió y sumariamente cifró en el vocablo *cielo*, que suena á todo lo que no es tierra, la excelencia de los escuadrones celestes¹. En aquella palabra: « *Perfecti sunt caeli et terra et omnis ornatus eorum* »², muchos intérpretes vieron insinuados los coros de espíritus angélicos, porque *ornato* en el original es (צבא) *ejército*, y significaría, como en el *Elohim Zebaoth* tan usado por los profetas significa, los ejércitos de ángeles y de estrellas, muchedumbre ordenada de ángeles-estrellas, ó de

¹ *Orat. de Deo sec. Plat.*

² GAINET: *Hid. de l'anc. et du nouv. test.*, t. III, chap. II.

³ Gen., xviii, 1; xxi, 11; xxi, 17; xix, 1.—Job, iii, 25.—Dan., viii, 16; ix, 21.—Jud., xii, 2.—III Reg., xix, 5.—IV Reg., i, 3.—Matth., i, 20.—Luc., i, 11.—Marc., xvi, 5.—Job, xx, 11.—Act., i, 10; v, 19; xii, 7.—Hebr., i, 6.—Coloss., ii, 18; I Petr., iii, 22.

⁴ I, 6.—5 I, cap. xvi, 14.—6 II, 23.

¹ SAN AGUSTÍN: *In ps. CIII.*—SAN JUSTINO: *Dialog. cum Tryph.*, 57.—TACIANO: *Or. contra Græc.*—EUSEB.: *Præp. Evang.*, l. III, cap. v.—TERTULIUS: *Apol.*, cap. xxii.—LACTANCIO: *Dio. Inst.*, l. xi, cap. ix.

² *Epist. Ad Diognet.*

³ *Pastor*, l. i.

⁴ *De Celest. Hierarob.*, cap. xii.

⁵ *Ad Cor. Epist.* i.

⁶ *Stromat.*, l. vi, cap. xvii.

⁷ T. II.

¹ *Ad Cypr.*, ep. 139.

² *Mor.*, l. xxxii, cap. x.

³ L. II, *Contra Julian.*

⁴ *Ad Antioch.*, q. i.

⁵ S. CHRYS.: *hom. II, In Gen.*

⁶ *De Creat. Dei*, l. xi, cap. ix.—*Confes.*, l. xii.—*De Genes. ad litteram*, l. i.

¹ PIANGIANI: *Cosmog.*, § LXXXV.

² Gen., ii, 1.

ángeles de las estrellas, ó de ángeles resplandecientes¹.

Pero más reñida contienda es entre los Padres griegos y los Padres latinos, en qué tiempo fueron criados los ángeles. Los Padres griegos y algunos latinos que escribieron antes de san Agustín, enseñaron comúnmente que fueron sacados á luz largo tiempo antes del mundo sensible. «Existió, dice san Basilio, antes de la producción de este mundo un estado de cosas sempiterno, perpetuo y acomodado á las virtudes superiores: entonces fué cuando el artifice de todas las criaturas dió ser á las naturalezas invisibles, y orden á los seres espirituales, cuyos nombres no alcanzamos ni aun podemos barruntar²». Varias interpretaciones han dado los doctos á este pasaje de san Basilio, entendiéndole Vázquez de un espacio imaginario de tiempo *a parte ante*³; Suárez, por el contrario, de un estado eterno *a parte post*⁴. Cierto está que san Basilio, lejos de poner los ángeles sempiternos, sólo quiso indicar la existencia y producción de criaturas no expuestas á mudanza, como las que siguen las vicisitudes del tiempo.

Esta opinión de los ángeles precedentes al mundo corpóreo defendieron Orígenes⁵, san Gregorio Nacianzeno⁶, san Juan Damasceno⁷, san Hilario⁸, san Ambrosio⁹, san Jerónimo¹⁰, san Isidoro¹¹ y otros; llegando un escritor griego citado por Petavio¹² á dar por cierto, que casi todos los maestros de

¹ M. SALVADOR: *Inst. de Moïse*, t. II, p. 786.—SUAZ: *De op. sex dier.*, l. I, cap. vi.

² Hom. I in *Hexamer.*

³ In I p., *disp.* cxxxiv, cap. I.

⁴ *De Angelis*, l. I, cap. II.

⁵ Hom. IV, in *Isaiam.*

⁶ *Orat. de Nat. Dom.*

⁷ *De orbod. fide*, l. II, cap. III.

⁸ *De Trinitate*, l. XII.

⁹ In *Hexamer.*, l. I, cap. V.

¹⁰ *Super I cap. ad Th.*

¹¹ L. I, *De Summo bono.*

¹² L. I, § 2.

la Iglesia enseñan haber sido los ángeles las augustas primicias de la divina omnipotencia. Pero las razones en que fundan su opinión no parecen de peso; porque el ser los ángeles substancias de orden más aventajado no es título para darles preferencia en la creación, pues lo contrario vemos claramente en lo material; especialmente que de la Escritura no se saca argumento favorable, como lo demuestra el P. Pereira¹. Por esta razón otros porfiaron que habían sido criados después de los tres reinos naturales, como el alma humana; y juntamente con el hombre pusieron la creación del ángel, según puede verse en la *Catena* de los griegos. Los que así discurrían parece que llevaban el propósito de contrastar á la opinión sobredicha, por parecerles que renovaba las ideas de Platón, quien hacía á los ángeles más antiguos que el mundo.

Sin embargo, los Padres que propugnaban la ancianidad de los ángeles sobre las cosas sensibles, cuando descendían á señalar el intervalo que separaba entrambas creaciones, aunque algunos demandasen siglos y siglos² con que llenar el vacío, y otros claramente diesen á entender que hablaban de excelencia de dignidad y no de tiempo; otros, empero, entre ellos el Nacianzeno³, el Damasceno⁴, Severiano de Gábara⁵, san Cesáreo⁶, se contentaban con un tan exiguo intermedio de tiempo, que bien puede reputarse por nulo.

Á san Epifanio cupo la gloria de fundar la tercera opinión, poniendo á los ángeles salidos de la nada con el universo material juntamente. Hizole fuerza esta razón: el Génesis enseña

¹ *Comment. in Genes.*, l. I, ad *calcem.*

² S. TH.: *Quest. disput.*, q. III, a. 18.

³ Or. XXXIII.

⁴ *De orbod. fide*, lib. II, cap. III.

⁵ Or. V, *De Orphic.*

⁶ *Dialog.*, l. q. 61; *Dialog.*, III, q. 123.

el principio de toda criatura; luego no pudo haber ángeles antes de cielo y tierra¹. En la demanda siguiéronle Teodoro de Mopsuesta, Teodoro² y san Basilio de Seleucia³. Dió firmeza á su dictamen san Agustín, enseñando en varios lugares haber sido los ángeles hechos junto con el mundo sensible; si bien ahora dice que lo fueron en el primer día⁴, ahora que antes de todo tiempo y de toda criatura⁵. Súpoles bien esta sentencia á san Gregorio, Beda⁶, Procopio de Gaza, Ruperto, Hugo de san Victor, Pedro Lombardo⁷, Alberto Magno⁸, y á las escuelas de los teólogos posteriores, acaudillados por santo Tomás⁹.

Es muy de considerar, para que veamos las vueltas del humano ingenio, que aquellos mismos Padres que señalaban interminables siglos al origen de los ángeles, luego al venir á tratar de su comercio con el mundo visible, no reparaban en hacerlos contemporáneos y mellizos con él. San Jerónimo, partidario de la ancianidad angélica, coloca á Lucifer antes de la rebelión, en el firmamento, codicioso de sentarse entre los astros¹⁰. Por igual tenor hablan Atenágoras¹¹, Clemente Alejandro¹², san Ambrosio¹³, san Hilario¹⁴ y otros muchos, los cuales relacionan la caída de los ángeles con la naturaleza sensible. Luego hacían criados de golpe y á un tiempo los dos

¹ *Advers. haeres.*, lib. II; *haer.* LXV.

² *Quest. in Genes.*, q. 4.

³ *Orat.* I.

⁴ *De Genes. ad litt.*, lib. II, cap. VIII.—*Confess.*, lib. XII, cap. VII.—*Contra Faust.*, lib. XII, cap. X.—*De Civitate Dei*, lib. XI.

⁵ *Confess.*, lib. XI, cap. XV.—*De Temp.*, *serm.* 251.

⁶ *Hexamer.*, lib. I.

⁷ *Sent.*, lib. II, *dist.* XII.

⁸ *Summa Theol.*, p. II, tr. III.

⁹ In II, *sent.*, *dist.* XIII, a. 3.—I p., q. LXXI, a. 3.

¹⁰ In *Isaiam.*, lib. IV, cap. XIV.

¹¹ *Legat. pro Christo.*

¹² *Fragment. in Ep. Judae.*

¹³ *Apolog. David.*, I, cap. I.

¹⁴ In *psalm.* cxxxii.

mundos, espiritual y corpóreo; si no digamos que entre la tentación y la caída pusieron distancia inmensurable; aunque nunca de ella hicieron particular mención, como era justo que la hiciesen.

¿En qué estima debemos tener tanta diversidad de opiniones? El Concilio Vaticano¹ ha repetido las palabras del Concilio Lateranense IV, y confirmádaslas ratificando su decreto: «El verdadero Dios, á la vez en el principio del tiempo crió de nada ambas naturalezas, la espiritual y la corporal, es á saber, la angélica y mundana; y después la humana casi común, constituida de espíritu y cuerpo». Leyendo estas gravísimas palabras, ¿qué quiso, pensamos, definir el Concilio Lateranense y el Vaticano ratificar? Cierto, primeramente, la doctrina de la creación de las dos suertes de naturalezas visibles é invisibles, materiales é inmateriales; y en segundo lugar, su dependencia de la divina virtud. Los cánones 4.^o y 5.^o del Concilio Vaticano condenan á los que negaren proceder de Dios por creación de la nada las cosas finitas, corpóreas y espirituales, error que trataba el Concilio de cortar de raíz; igual intento se propuso el de Letrán, y en exterminarle emplearon ambos la fuerza de sus decretos. Empero Doctores católicos andaba sobre cuándo fueron criados los ángeles, ni los Padres lateranenses pensar en ello, ni pusieron en ello las manos; y asimismo los Padres vaticanos tuvieron á bien dejar en su ser la controversia y en libertad de quienquiera su ardua resolución.

No faltaron, sin embargo, teólogos que tuviesen por de fe, y definida por la Iglesia católica, la verdad de la creación de los ángeles juntamente

¹ *Consti. Dei Filii*, cap. I.

con la materia informe. Salíóles al camino Suárez, protestando que no cupo en el Concilio de Letrán semejante intención. «El Concilio, dice, no pronunció tales palabras con ánimo de definir, sino de paso y como por incidencia, porque no trazaba en aquel capítulo definir dogmas nuevos, mas únicamente profesar los antiguos; así lo puso santo Tomás en el capítulo xxiii, donde declaró aquella decretal, y así también fué recibido por el común sentido de la Iglesia». Con el parecer del P. Suárez concuerda el del P. Pereira; porque, inquiriendo cómo en el Hexámero no conmemoró Moisés la creación de los ángeles, traídas las dos opiniones contrarias, que dijimos, propone la suya, diciendo: «Que los ángeles fueron criados junto con el mundo ni lo dice la Escritura, ni se colige con evidencia, ni importaba que la Iglesia lo definiese. Porque no es de creer que tantos Padres esclarecidos por su antigüedad, doctrina y santidad enseñasen y llenasen sus escritos de cosas contrarias á la fe católica. San Agustín, en verdad, autor principal de esta sentencia, con tanta blandura esfuerza su sentimiento, que no condena el contrario, antes permite que cada cual diga el suyo, como confiese que las substancias espirituales fueron hechuras de Dios, y no le fueron coeternas». Esto afirma el prudente comentador; y si más abajo se inclina á creer que los ángeles fueron en efecto criados con la materia elemental, vista la autoridad de Inocencio III y del Concilio Lateranense; en conclusión defiende que la competencia de tales autoridades no hace cierta ni irrecusable esta opinión, sino que la deja en términos de disputable y libre.

Qué juicio tenía formado santo Tomás en esta materia, dicenlo clara-

¹ De Angelis, l. 1, cap. iii.
² Comment. in Genes., l. 1.

mente las palabras con que trata de probar que «los ángeles salieron á luz con la criatura corpórea». «Porque los ángeles, dice, son parte del universo; no constituyen de por sí un mundo apartado; tanto ellos como los seres corpóreos concurren á componer una universidad. Lo cual se echa de ver por el orden que una criatura tiene á otra, porque el orden de unas cosas con otras es el bien del universo; y ninguna parte perfecta hay que se separe de su todo. Luego no es probable que Dios, cuyas obras son perfectas, como se dice en el Deuteronomio, 32, criase la criatura angélica aparte antes que las otras. Esto no obstante, no debemos tachar de errónea la contraria sentencia, especialmente á causa de Gregorio Nacianzeno, cuya autoridad en la enseñanza cristiana es de tanto peso, que ninguno osará inferir calumnia á sus dichos, como tampoco á la doctrina de Atanasio, según dice Jerónimo». Comentando este lugar el cardenal Cayetano, defiende al santo Doctor de la censura de algunos que achacaban á descuido é inadvertencia su decisión, cual si hubiese leído mal ó ignorado la decretal del Lateranense. «Á mí me parece, dice Cayetano, que á ciencia cierta escribió esto santo Tomás. Porque las palabras de la decretal han de interpretarse en el sentido en que fueron escritas, más bien que en el sentido que dan de sí, y, como dice santo Tomás en la exposición de la dicha decretal, aquellas palabras se pusieron contra el error de Orígenes y de aquellos que enseñan haber producido Dios las criaturas espirituales por su propio respeto, y las corporales por los deméritos de aquellas». Conformes con esta explicación escribieron después Genebrardo, Estio, Vázquez, Petavio, Berti y otros, no tolerando que se notase la sentencia contraria.

¹ l p., q. lxi, a. 3.

Pero aun con todo eso, no se puede negar que alguna mayor probabilidad alcanzó la opinión de la creación simultánea con el peso del Concilio de Letrán, y ahora con la aprobación del Vaticano. Respecto del Concilio Lateranense, confesábalo el P. Suárez: «De las palabras del Concilio, dice, no pequeña autoridad se le recreció á esta sentencia; y no dejaría de ser temerario quien la contraria defendiese... Ni es esto hacer agravio á los antiguos Padres, porque en su tiempo era punto más controvertido y menos declarado: y puede tal proposición no ser temeraria en un tiempo y serlo en otro, cuandoquiera que intervenga la autoridad de la Iglesia y el común consentimiento.» En parecidos términos dictan su opinión los PP. Valencia¹, Báñez², Toledo³, y otros graves teólogos: los cuales, ya que declaren no ser artículo de fe la creación de los ángeles y de la materia cósmica juntamente, no califican de temeraria, como Suárez, la opuesta opinión. «Al presente, común y cierta sentencia es la que pone haber sido criados los ángeles no antes de la creación de la materia, sino juntamente con ella.» Esta es la calificación del cardenal Mazella⁴.

Los autores que seguían la contraria daban á la voz *simul* el sentido de *pariter* (igualmente), y no de *juntamente*, de un golpe, como en realidad suena. Aun si les diéramos esa facultad, ¿qué adelantaban? Porque, el *condidit simul de nihilo* significará siempre que crió Dios de nada ambos órdenes, y que los crió al principio de los tiempos; y así el acto creador pide simultaneidad si se han de verificar las palabras del Concilio. Entenderlas de otro modo, sería confundir la anterioridad con la antigüedad. El Later-

¹ T. 1, q. xii, p. 2.

² l p., q. lxi, a. 3.

³ In l p., q. lxi.

⁴ De Angelis, disp. ii, a. 1.

nense intentaba arrancar de cuajo el yerro de los origenistas¹, que establecían el reino espiritual anteriormente al material, pretendiendo que Dios había criado el universo sensible para enfreñar la desenvoltura y rebeldía de los espíritus, y para encerrarlos en la vil materia según el grado de culpabilidad que hubiesen incurrido. Si estos errores quería el Concilio condenar, no podía más eficazmente hacerlo que decretando la simultaneidad de ambas creaciones, y quitando así todo rastro de relación entre la fingida culpa de los espíritus y la aparición de las cosas sensibles.

Colocada en este punto la contienda, á declararla mejor ayudarán las luces de los modernos sistemas. De lo que atrás queda expuesto puede colegirse cuán ardua empresa es, por no decir imposible, declarar los acacimientos y formación de los reinos mineral, vegetal y animal, sin intercalar entre la creación de la materia y la producción del hombre largo trecho de años y no pocas vueltas de cosas. Si en la creación de los ángeles concedemos que se pasaron muchos siglos antes que Dios formase al hombre, no contravendremos á las pretensiones de la ciencia, ni nos alejaremos del sentir de los Padres griegos, ni descabalaremos el decreto lateranense, ni enflaquecemos la autoridad del Concilio Vaticano, mediante que confesemos que Dios crió al principio de los tiempos la substancia angélica y la material, todo por junto. Porque es mucha verdad que los antiguos Doctores no ponían larga duración de siglos antes que el hombre existiera; pero, pues pudieron ellos sin nota de herejía anticipar la existencia de los ángeles por indefinidos tiempos, no será mucho que á los modernos se les conceda aquella libertad de opinar que la Edad Media

¹ D. Thom.: opusc. xxiii.

no negó á los suyos en esta parte. Si los santos Basilio, Nacianzeno, Jerónimo, Hilario, Damasceno, Ambrosio tuvieron licencia para fingir y acumular siglos sin incurrir en herejía, antes de la creación del universo sensible, con mayor fuerza de razón esles permitido á los modernos, pertrechados con tantos argumentos, asistidos con tan claras luces, guiados por los resplandores de tantas ciencias, pedir y demandar para antes de la formación del hombre los mismos siglos que aquéllos ponían antes de la creación del mundo material: y consiguientemente podemos resolver sin reparo que los ángeles fueron criados junto con la materia en el principio del mundo, centenares de siglos, si cabe, antes que el hombre apareciese en la tierra. Así abrazamos de buen grado y hacemos propias aquellas palabras de san Jerónimo: «Apenas cuenta seis mil años nuestro linaje, y ¡cuántos tiempos, cuántas vueltas de siglos hemos de pensar antecieron en que los ángeles, los tronos, las dominaciones y demás virtudes sirvieron á Dios y perseveraron en la flor de su hermosura!» Y aquellas otras de san Ambrosio: «Antes de existir el hombre, los querubines y serafines con la suavidad de sus canoras voces aclaman: Santo, Santo, Santo.» Pues luego, lejos esta exposición de enlataquecer la de los antiguos, le presta grandes ventajas y la adapta mejor á las razones científicas, á las observaciones justificadas, á los testimonios indubitables de la geológica verdad: ni es pequeña loa de las ciencias humanas tener correspondencia con las divinas y ayudar con sus luces á la sagrada Teología en la controversia del reino espiritual.

¹ *In ep. ad Tit.*, cap. 1.
² *Prof. in Psal.*

ARTÍCULO III.

Propiedades de los espíritus.—Relaciones de este reino con el subllunar.—Qué parte tuvieron los ángeles en la formación de los seres organizados y del hombre en particular.—Dictamen de los teólogos Escolásticos.—El cuerpo de Adán no fué fabricado por manos angélicas.—Ejecuciones del reino espiritual sobre los otros reinos naturales.

DISCURRIR ahora por este nobilísimo reino, y engrandecer la muchedumbre de los ángeles, que tal vez es mayor que la de los hombres, y filosofar sobre la condición de aquella naturaleza inmortal e incontaminada¹, y enaltecer la rara hermosura y la perfecta simplicidad de su ser², y describir la alteza de sus jerarquías, y ponderar la excelencia de sus grados, y encarecer la virtud y eficacia de su poder, y señalar los grandes dones que puso en los ángeles la divina bondad, son empresas que sobrepujan á la rudeza de nuestras palabras y salen del intento que nos hemos propuesto. Pero no pasemos sin mencionar la comunicación que tiene este reino superior y celeste con el subllunar y terrestre. El lazo de unión que junta á los ángeles con los hombres es por el oficio que ejercen de tutores y guías; así lo pregona el sentir de todos los teólogos, sin que eximan á hombre alguno, por vil que sea su condición, de la custodia de algún ángel. Para su altísimo ministerio dotólos la divina sabiduría de virtud proporcionada. Poseen, sin entrar en los términos de las potencias espirituales, acción en las potencias sensitivas y en la máquina del cuerpo humano; como tales, están armados de poder incontrastable para causar movimientos en la naturaleza sensible y efectos extraordinarios.

Llenos de maravillosas gracias, con

¹ VÁZQUEZ: *Disp.* clxxxii.—ARRIAGA: *De Ang.*, disp. ii.

² CARD. MAZZELLA: *De Angelis*, disp. ii, a. 2.

el resplandor de su pureza, con la prerrogativa de la inmortalidad, con la pujanza de su poderío, con la devoción de su asistencia, cortejan, autorizan y cercan la majestad de Dios, y le sirven de ministros y ejecutores de su amorosa providencia. «La custodia de los ángeles, dice santo Tomás, es una manera de ejecución de la providencia divina para con los hombres.» Algunos escritores, más atrevidos que religiosos, pensando que le bastaba á Dios la virtud de su omnipotente brazo para llevar adelante el plan de la creación, han tenido por excusados los servicios de los ángeles custodios². En mal hora pretenden estos autores que los ángeles, cuando se revezan en beneficio del hombre, suplen el poder de Dios. No le suplen, sino que ejecutan su soberana disposición; y siendo ejecutores de sus eternas voluntades, le está muy bien al monarca gobernar el reino por mano de sus ministros. Siendo príncipes plenipotenciarios, no hay cosa mejor ordenada que estar los seres inferiores administrados por los superiores. Siendo guardas y ayos de los mortales, no hay obra tan importante como procurar que todos los hombres vivan trabados con sacratísimos lazos, y concertados por santísimas leyes con las más sublimes criaturas, y que de este concierto nazca una perfectísima consonancia de entendimientos y voluntades en alabanza del supremo Criador. Porque «con tal prudencia y solicitud, dice el P. Lessio, templan ellos las cosas, que entre tantos peligros visibles é invisibles, entre tantas causas de calamidades que acompañan la humana naturaleza y la cercan de una parte y otra, por dentro y por fuera, pueden seguramente los hombres vivir, si quieren, guardando virtud y aspirar á la eterna

bienaventuranza.» De este modo el hombre, que no halla consuelo en la compañía de los brutos, ni ocupación digna en el cultivo de los campos, considerando que su custodia corre por cuenta de los privados de Dios, y que por sus manos pasan los despachos que él al cielo endereza, no se mira solitario en este mundo; y aunque se conceptúe en el último escalón del orden espiritual, y como lo más vulgar de este reino encumbradísimo, no obstante, recrea su ánimo y cria en el pecho segura confianza pensando cómo aquellos príncipes y cortesanos del cielo tienen puestos en todo el reino humano sus cuidados, sus virtudes, sus delicias, sus amores y los momentos eternos de sus preciosísimas vidas³.

Volviendo al propósito principal, una grave disputa se nos ofrece aquí, que servirá para acabar de poner más en claro algunas cuestiones controvertidas. ¿Qué parte tuvieron los ángeles en la fábrica de los vivientes, mayormente en la formación del cuerpo del hombre, es punto tratado comúnmente por los teólogos Escolásticos. Porque autores hubo que, tomando pie de las palabras de Platón en su *Timeo*, imaginaron que los ángeles hicieron de oficiales y ministros en tan señalada obra. Pero la doctrina de san Agustín, que ha servido de pauta á los Doctores y Teólogos, es, que ni en el cuerpo de Adán ni en el de Eva tuvo mano el poder de los ángeles⁴; y preguntando si algún linaje de servicio prestaron en esta construcción, no lo niega el santo Doctor, mas cuál fuese y en qué consistiese «¿quién, dice, se atreverá á descifrarlo?» Según esto, los teólogos de consuno enseñaban no ser posible atribuir á la intervención

¹ *De perfect. divini*, l. xii, cap. x.

² HERTING: *Apol. da Christ.*, t. ii, chap. iii.

³ V. cap. xi, art. iv.

⁴ *De Gen. ad litt.*, l. ix, cap. xv.

¹ *l. p.*, q. cxiii, a. 2, a. 6.

² TWESTENS: *Dogmat.*, ii, p. 346.

de los ángeles la fábrica de los organismos, cuánto menos la del hombre. Lo más que se alargaban algunos á decir es, son palabras de Pereira, «que los ángeles se ocuparon en recoger el polvo, en amasar el barro, en fingir una figura del humano cuerpo, pero sin mezcla de elementos, sin carnes, ni huesos, ni entrañas, ni demás partes de que se compone el hombre: que eso quedó reservado al poder vivificante del soplo divino »¹.

Por esta razón aquellas palabras *Faciamus hominem* no fueron enredadas á los ángeles, como juzgaba Filón, pareciéndole que en la creación del hombre Dios y los ángeles habían entrado á la parte, criando Dios el alma, y componiendo ellos el cuerpo: cuya sentencia los santos Basilio, Crisóstomo, Agustín y Cirilo redarguyeron enérgicamente, quitándole todo título de probable, como podrá ver quien quisiere en sus obras². No habla aquí con los ángeles el Señor de la majestad; tratan entre sí las tres augustas personas de llevar á término la obra suspirada por tantos siglos, y aparejada de antemano con tantos sucesos geológicos.

Pues conforme con la sentencia de san Agustín enseña Suárez ser, como decíamos en otra parte³, «doctrina católica la que tiene que el cuerpo de Adán fué producido inmediatamente por sólo Dios »⁴. Á su voz concurren todos los teólogos. La razón que alega el P. Arriaga⁵ es, que no teniendo los ángeles de su cosecha otra manera de obrar *ad extra* sino es causando movimiento local, no pueden engendrar calor, humedad, condensación, y los accidentes que disponen y acompañan

¹ *Comment. in Genes.*, l. iv; *De format. hom.*, q. ii.
² AUGUST.: *De Civit. Dei*, l. xvi, cap. vi.—AMBROS., *In Hexamer.*, l. vi, cap. vii.—CYRILL.: *Adv. Julian.*, l. i.—CRYSOST.: *In Gen.*, cap. ii.—BASIL.: *In Genes.*, cap. ii.—THEODOR.: *In Genes.*, q. xx.

³ Cap. xl, art. iv.

⁴ *De op. sex dier.*, l. iii, cap. i.

⁵ *Disp.* xxiv, sect. i.

la organización de los cuerpos, que no son todos ellos efectos de puro movimiento; y decir que fueron levantados divinamente á par de instrumentos para efectuar tal producción, es introducir un grandísimo milagro, sin necesidad, especialmente que la Escritura no habla sino de sólo Dios.

En esta materia es bien con Suárez distinguir el amasamiento del polvo térreo y la organización de la figura humana. Lo primero conceden los teólogos que fué posible á la facultad de los ángeles; porque no se les puede negar el poder de componer del barro una como estatua con variedad de miembros artificiosamente labrada, cual suelen los escultores, lo cual ni hace ni deshace, ni es en pro ni en contra del sagrado texto; pero, ni la estatua artificial sería cuerpo humano, ni si Dios no animase aquel bulto con su soplo vivificante tuvieran los ángeles parte alguna en la formación del cuerpo de Adán. Porque disponer su cuerpo, armarle de miembros, y hacerle capaz de hospedar alma racional, no es de ángeles, de sólo Dios es; el cual puede mezclar, alterar y dar infinitas vueltas á la materia, según su soberana voluntad, así como se lo concedió también á los seres organizados por vía de natural generación; mas no pueden eso los ángeles, ni otra alguna criatura por otras vías si Dios no se lo da, como aquí á los ángeles no se lo dió. Ni es buena réplica confiar que fueron elevados á ser instrumentos de Dios; porque se seguiría que habrían procreado al hombre; lo cual es erróneo, dice Suárez, y contrario á las Escrituras y á los testimonios de los santos Padres; y porque se podría también decir que habían cooperado á la formación de las plantas y animales; y es yerro grande afirmarlo, porque sería hacer á los ángeles creadores del universo, dado que secundarios y menos principales.

Sobre esta cuestión no había debate entre los teólogos Escolásticos.

Lo más que se arroja el P. Arriaga á permitir á la actividad de los ángeles, en el caso de que el hombre no fué formado en un instante, es que tomasen en las manos la masa de barro, y modelasen la figura de estatua humana para que luego asistiese Dios con su infinito poder, la organizase y convirtiese en carne, y le infundiese el principio vital¹. No concede este teólogo tanta honra á los organismos de los reinos vegetal y mineral, por parecerle que ni la bajeza de los animales consentía que intentasen tan ingeniosa traza, ni era razón que otra invención se emplease en pro de la humana dignidad. Dios, pues, y los ángeles concurren, según Arriaga, en la formación de Adán; los ángeles por especial encargo hicieron la figura, no el cuerpo, del polvo de la tierra, y Dios produjo la organización, volviendo la materia inorgánica en tejidos, huesos, fibras y demás partes orgánicas, y despertando y avivando finalmente todo el conjunto con la creación inmediata del alma.

Suárez, que no admite sucesión de tiempo en esta obra, niega á los ángeles la parte gloriosa que Arriaga les concede en la fabricación de la estatua térrea; no obstante, reconoce que los que defienden semejante sucesión, que es cuestión opinable, pueden bien cometer á los ángeles el oficio de componer el cuerpo adamítico, no en calidad de organizado, sino sólo en calidad de materia confeccionada y de barro configurado para ser convertido en cuerpo animal. Porque fingir «un cuerpo animal formado de antemano, en condición imperfecta, conviene á saber, con sus órganos... no dispuestos aún próximamente á recibir alma

racional, sino otra alma menos perfecta y como en camino para la perfecta; eso no puede caer en el poder de los ángeles, porque ni es verosímil que se guardase tal orden en la creación del hombre, ni poseen los ángeles de suyo virtud para hacer un cuerpo animal en estado imperfecto; que la virtud seminal, cuando falta, la puede suplir únicamente la grandeza del divino poder »². Así discurre el egregio Suárez en el supuesto de la opinión, que él no admite, tolerando en todo caso al ángel la facultad de mezclar polvo y figurar los contornos de una estatua semejable al cuerpo humano: «lo cual, añade, no es necesario, ni tal vez conveniente; y ya que fuera posible, es incierto y muy dudoso». Vengan aquí los evolucionistas, carguen, si tienen pecho, al eximio Doctor, la responsabilidad de sus vanísimas opiniones, y háganle tercero y patrocinador de sus pueriles teorías. Cuán de otra manera asentaba Suárez el pie que lo asientan aquellos ingleses y franceses que, habiéndole leído poco y mal, así calumnian sus doctrinas, como en otra parte dijimos.

Más: dice el P. Suárez, como se ve, que dado caso que se admita sucesión de tiempo en la fábrica del cuerpo de Adán, para sobar y delinear el barro, podría encomendárselos á los ángeles alguna parte de esta obra; pero que nunca alcanzaría su ministerio á perfeccionar ni organizar el cuerpo humano. Pero no sólo no estuviera en su mano organizar el cuerpo de Adán, sino que aun cuando el hombre hubiera descendido de una bestia, y de ella hubiera tenido carne y huesos, y hubiera poseído organismo idóneo para recibir alma sensitiva é imperfecta, que allanase el camino y diese lugar á la introducción del alma racional; ental caso los ángeles no habrían po-

¹ *De op. sex dier.*, disp. xxxiv, sect. 1.

² *Ibid.*, cap. i, n. 14.

didó cooperar á la formación de este cuerpo adamítico, porque no es de creer ni verosímil que Adán pasase por los grados de animal imperfecto á más perfecto antes de llegar al ser de hombre. Esta es la sentencia del Padre Suárez.

De cuyas palabras, tan perentorias y decisivas, han querido algunos escritores sacar triunfante la opinión de que pudo Adán haber provenido del feto de algún mono, que con tener de mono el alma y de hombre sólo el cuerpo, recibiese un día alma espiritual y quedase hecho un Adán entero y verdadero: ó si no, que siendo mono crecido y acabado, diese el divino poder en un pensamiento á esa bestezuela el ser de hombre, expelida el alma bruta y entrando á informarle el alma racional. Esta exposición, que multiplica los milagros sin necesidad, estaría en manifiesta lucha con las palabras de Suárez, y aun se compondría mal con la extrema sentencia que él no otorga sino á duras penas. Los ángeles, en la doctrina de los teólogos, no tienen más poder físico que el de causar movimientos locales, en cuyo ministerio le son á Dios instrumentos de sus designios: toda otra intervención en la fábrica de los cuerpos se les niega por la Teología. Acudan á la acción de los ángeles aquellos escritores que no ven en los organismos más espectáculos que vaivenes de átomos y mutaciones de fuerzas físico-químicas; invoquen ellos el poderío de los ángeles y su voluntad locomotriz para explicar el origen de los cuerpos organizados; pero no blasonen de andar á la huella de santo Tomás, ni de los grandes teólogos:

despedazar la doctrina de aquellos varones sapientísimos y ampararse con parte de ella, desechando la principal, y luego preciarse de reverenciar el resplandor de sus luces, es mentir muy á las claras el respeto que se les debe.

Poniendo fin á esta materia, la excelencia del reino espiritual sobresale ante todos los demás órdenes de seres. En los escuadrones de lucidísimas jerarquías resplandece la imagen perfecta de la simplicidad y pureza de la divinidad. «La creación de purísimas inteligencias, dice Hettinger, según el concepto que de la creación debemos hacer, parece más conforme á los pensamientos de Dios, que la de los seres materiales. Porque si Dios hubiera ceñido su poder á producir el espíritu del hombre, sin crear otros más perfectos, no hallaríamos en todo el universo una imagen que representase al propio la naturaleza y vida divina; por cuanto el alma humana metida y atollada en la materia y comunicando con el mundo de los cuerpos, trabajosamente puede despedirse de su vida sensitiva y echar de sí las representaciones mudables y volitarias que la tienen apiolada y la impiden volar á la alteza de la idea eterna y universal.» Este hermoso pensamiento, que es de santo Tomás¹, le desenvuelve diestramente el docto Raimundo Sabunde en su *Teología natural*², y de él trata también el P. Suárez³, según la riqueza de su poderoso ingenio.

¹ *Apol. de Christ.*, t. III, chap. III.

² *Ibid.*, q. I, a. 1; *Contra Gentes.*, l. II, cap. XCII.

³ *Cap. CCXXIII.*

⁴ *Metaphys.*, II, disp. XXXV.



CAPÍTULO XLIX.

EL PARAÍSO TERRENAL.

«Plantaverat autem Dominus Deus Paradisum voluptatis a principio.» (II, 8.)

ARTÍCULO I.

Constante tradición del Edén en los pueblos más antiguos. — Opinión común de las naciones acerca del árbol del paraíso y de la vida de los primeros hombres. — De dónde dimanaron estas creencias. — Vocería de los modernos racionalistas contra aquel estado feliz.

HABÍA Dios plantado un paraíso de deleites desde el principio, y en él puso al hombre que había formado. Y produjo de la tierra toda suerte de árboles agradables á la vista y sabrosos al paladar: en medio del paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal: un río salía del lugar de delicias, para regar el paraíso; el cual se divide en cuatro cabezas, el uno se llama Phison, que cerca la tierra de Hevilath, donde se cría el oro y es preciosísimo; y también se descubre allí el hdelio y la piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gehon, que hace sus vueltas por toda la tierra de Etiopia. Llámase el tercero Tigris, que entra en la Asiria; el cuarto es el Eufrates. Tomó, pues, Dios al hombre, y púsole en el paraíso de deleites para que le labrase y guardase. Y le intimó precepto, diciendo: De todo árbol del paraíso podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: el día que comieres de él, mori-

rás seguramente. — Hasta aquí el Génesis¹.

El paraíso terrenal, como lugar lleno de regalo y maravillas, ha quedado grabado en la memoria de los pueblos más antiguos. Los indios no señalan al paraíso sitio determinado, considerándole sito al septentrion hacia el Occidente, en aquella parte de donde sus antepasados llegaron al Indostán. Fingen un monte altísimo, resplandeciente, cubierto de oro, poblado de árboles de semilla celestial, regado por arroyos purísimos y amenizado por el melodioso cantar de lindas ave-cillas. Cuatro lagos de leche, manteca, suero y aguardiente dan origen á grandes brazos de ríos que riegan los cuatro puntos cardinales. En la cumbre de este monte moran los justos en jardín amenísimo, que tiene plantado en medio el árbol de la inmortalidad. El monte descansa en basamento de oro, de plata, de cobre y de hierro; muévase en derredor el sol, la luna y las estrellas, y cércanle y guárdanle fieros dragones². «Los indios dicen que puso Dios al primer hombre en un jardín de delicias llamado Chorcám, poblado de toda suerte de frutales, entre los que campeaba uno que daba con sus frutos inmortalidad á los que

¹ *Cap. II, 8-17.*

² *LUCAS: Les traditions de l'humanité*, t. I, § XV.